

Lo que el fútbol hace con nosotros

Sobre el juego, el trabajo, el mercado y la nación

Kai Froeb

Sobre esta traducción

Esta traducción se ha realizado de forma automática con IA y todavía no ha sido revisada por completo por una persona. Si encuentra errores, le rogamos que nos los comunique a feedback@reflexivitypress.com. Quien haya comprado el libro y nos comunique errores recibirá gratuitamente la versión corregida en formato de libro electrónico.

Autor
Kai Froeb
https://kai.froeb.net

Editorial
Reflexivity Press
São Martinho do Porto
Edición Kai Froeb

Versión más reciente y correcciones:
https://reflexivitypress.com/es/libros/froeb-fussball-essay
Comentarios: feedback+es.fussball-essay.v2.2@reflexivitypress.com
Cubierta: https://reflexivitypress.com/es/sobre-nosotros/lenguaje-visual/

Publicación
2026-06-27
Versión 2.2
Typeset with LaTeX (LuaHBTeX, Pandoc + Eisvogel)

Nota sobre la génesis
Escrito con el modelo de lenguaje Claude (Anthropic). El planteamiento, el contenido y la responsabilidad corresponden al autor. La traducción se realizó con la ayuda de modelos de lenguaje de IA. Cómo se trabajó lo describe el ensayo «La filosofía en la era de las máquinas que escriben»:
https://reflexivitypress.com/es/sobre-nosotros/maquinas-que-escriben/

© Copyright 2026 by Reflexivity Press, São Martinho do Porto.
Todos los derechos reservados.

Zero Marginal Cost License 1.3 (ZMC 1.3)

Resumen de fácil lectura

Lo que no tiene costes marginales no debería tener barreras.

Puede

- **Leer, descargar y copiar** la obra gratuitamente.
- **Compartir digitalmente la obra sin alterar su contenido y con fines no comerciales**, indicando el autor, la fuente y la licencia.
- Convertir el formato del archivo y realizar los ajustes técnicos necesarios para la accesibilidad, sin cambiar el contenido.
- **Imprimir o encargar ejemplares individuales y regalarlos** para uso personal y no comercial; pueden reembolsarse los costes directos sin recargos ni beneficios.
- **Traducir la obra** para uso propio, personal, no público y no comercial.
- Utilizar individualmente la obra para educación e investigación y citarla, con fines no comerciales, conforme a las normas académicas, sin sustituir la obra por una recopilación de extractos.

Condiciones

El uso debe seguir siendo **no comercial**. En cualquier difusión pública deben indicarse, siempre que sea razonablemente posible, **el autor, la fuente y la licencia**. No se pueden imponer restricciones legales o técnicas adicionales ni dar a entender que el autor o la editorial respaldan ese uso.

Todos los demás derechos quedan reservados

Esta licencia permite únicamente los usos expresamente indicados. Cualquier otro uso requiere autorización independiente del titular de los derechos, salvo que ya esté permitido por la ley.

Los usos autorizados por la ley y los derechos de remuneración permanecen intactos. Los materiales de terceros pueden estar sujetos a condiciones diferentes.

Importante: Este resumen es meramente orientativo y no constituye una licencia independiente. Prevalece el texto íntegro de la **ZMC 1.3**:

https://reflexivitypress.com/es/zmc/



Sobre el autor

Kai Froeb (nacido en 1963) es un filósofo y experto en informática alemán que vive en São Martinho do Porto, Portugal. Su trabajo combina más de treinta y cinco años de investigación sistemática sobre Hegel con las posibilidades de la inteligencia artificial, desarrollando una nueva forma de colaboración filosófica.

Su pensamiento es radicalmente interdisciplinario. Estudió matemáticas e informática en la Universidad de Erlangen-Núremberg, administración de empresas en la EBS, y estudios culturales y derecho en la Universidad a Distancia de Hagen. Paralelamente, se dedicó intensamente a la filosofía, la sociología y la historia dentro de un Studium generale. Realizó conscientemente sus estudios sin orientarlos a la obtención de títulos académicos, con el fin de preservar la libertad de un camino independiente de pensamiento e investigación más allá de los límites disciplinares de la universidad.

Desde finales de la década de 1990, Froeb dirige **hegel.net**. Disponible en doce idiomas, el sitio figuró durante muchos años entre los primeros resultados de las búsquedas internacionales de Hegel en Google y llegó a convertirse en uno de los principales recursos de Internet sobre la filosofía de Hegel. Probablemente siga siendo hoy el sitio web multilingüe más extenso dedicado a Hegel.

En torno a **hegel.net** y **hegel-system.de**, Froeb también creó un amplio archivo de fuentes de libre acceso público. Solo la colección en lengua alemana ofrece para su descarga gratuita 506 ediciones originales digitalizadas de obras de Hegel y de los hegelianos del siglo XIX. A ellas se añaden fondos en otros idiomas, entre ellos 19 obras originales en inglés.

Más de cuarenta años de experiencia como programador desde 1980 constituyen otro fundamento metodológico de su trabajo. Su primer programa fue una reimplementación de ELIZA, de Joseph Weizenbaum: de este modo se cierra el círculo que va desde los primeros experimentos con inteligencia artificial hasta su actual colaboración productiva con Claude. Froeb utiliza sus conocimientos informáticos no solo de manera técnica, sino también como instrumento de

pensamiento: analiza las estructuras sociales y filosóficas con la precisión de un arquitecto de software.

Froeb desarrolla una obra filosófica independiente que se sitúa en la tradición de Hegel, aunque trata de continuarla bajo las condiciones del presente. En su centro se encuentra un enfoque performativo propio de la verdad, que constituye el fundamento común de sus libros filosóficos. La verdad no aparece en ellos únicamente como objeto de enunciados, sino como un movimiento que también debe acreditarse en la forma misma del pensamiento y de la exposición.

Su propósito es la desmitificación mediante la clarificación conceptual: penetrar mediante el pensamiento todo límite, incluido el de aquello que inicialmente parece inaccesible. En su obra, la forma sigue al contenido: la estructura, los conceptos y el método se orientan por la cosa misma. Al mismo tiempo, busca la accesibilidad: presentar una filosofía exigente con la mayor claridad posible, en el espíritu de la mejor tradición académica angloamericana, sin simplificarla.

Su motivo rector es la fórmula de Hegel: «La verdad es el todo» —la búsqueda de una integración que no necesite reprimir nada.

Zur Herkunft dieses Textes

In meiner Grundschule in Belgien gab es jeden Morgen Gymnastik. Ich habe jede Stunde darauf gewartet, dass sie vorbei ist, und bei Sportübungen geht es mir bis heute so. Beim Mannschaftssport wurde ich als Letzter gewählt. Im Fußballverein, in den meine Mutter mich anmeldete, durfte ich Torwart oder Verteidiger spielen, weil das niemand wollte; nach ein paar Monaten waren der Verein und ich uns einig. Beim Judo habe ich jahrelang meinen weißen Gürtel verteidigt. Das Beste daran war das Malzbier mit meinem Vater danach. Sportübertragungen im Fernsehen bedeuteten, dass die Zeichentrickserie ausfiel.

Später habe ich mit Kollegen Fußball geschaut, und hier im Café in Portugal tue ich es wieder. Nicht wegen des Spiels — das langweilt mich noch immer. Die Leute freuen sich, und man kommt ins Reden.

Genau das ist der Gegenstand dieses Essays. Wie bildet sich dieser Zusammenhalt? Woher kommt die Tradition, das Gefühl von Gemeinschaft, das „Wir“ eines Menschen, der keinen Ball berührt hat? Dass Politiker und Firmenchefs das benutzen, ist die kleinere Frage. Die größere ist, warum es sich benutzen lässt.

ÍNDICE

Lo que nos sucede con el fútbol **1**
Un gol 1
Juego y trabajo 1
El aficionado 3
Por qué vincula 5
Por qué precisamente el fútbol 6
El reverso 7
Quién gana dinero 9
El gran «nosotros» 11
Lo que queda abierto 13

LO QUE NOS SUCEDE CON EL FÚTBOL

Un gol

Cae un gol[1], y un estadio entero se pone en pie de un salto. Desconocidos se abrazan. En mil salas de estar la gente grita frente al televisor, como si los jugadores pudieran oírla. A la mañana siguiente, alguien dice en la oficina: «Ganamos» — y sin embargo no ha tocado el balón, no conoce a ninguno de los jugadores, no tuvo nada que ver con lo que ocurría en la cancha.

¿De dónde viene este «nosotros»?

Juego y trabajo

Desde la Antigüedad se distingue entre el trabajo necesario, el descanso y la actividad libre; en la modernidad esto suele convertirse en la oposición (Gegensatz) entre trabajo y juego. El juego parece libre porque tendría su fin en sí mismo; el trabajo parece no libre porque apunta al salario, al pan, al sustento. El juego sería entonces la isla de la libertad (Freiheit) en un mundo lleno de coacciones.

Pero así se separa lo que no puede separarse. Un futbolista corre, pasa, dispara, y cada paso persigue un fin (Zweck): retener el balón, encontrar al compañero, acertar en la portería. El pase sirve a la jugada, la jugada al gol, el gol a la victoria, la victoria a la tabla de posiciones. Toda una escalera de fines, uno sobre otro. Tampoco el juego tiene su fin puramente «en sí mismo».

La alegría está presente de todos modos — en el movimiento, en el regate logrado, en el pase que llega. Pero no está junto a los fines, está en ellos. Se la

1 Este ensayo fue inspirado por el artículo «Copa do Mundo – futebol, mercado e identidade nacional», de Christian Iber, Agemir Bavaresco y Lutiero Esswein (A Terra é Redonda, 24 de junio de 2026). De allí proceden la tripartición rectora en juego y libertad, mercado e identidad nacional, así como varios motivos: el fútbol como lengua global de las reglas simples, la transformación de la pertenencia del aficionado en consumo, la persistencia de la nación en la globalización. La presente elaboración parte de otro lugar: del «nosotros» del aficionado, de las jerarquías de fines en lugar de la gratuidad de los fines, de la mecánica del vínculo del aficionado y de la atención como materia prima económica.

tiene al perseguir el fin, no en lugar de él. También quien juega solo para relajarse persigue con ello un fin — precisamente el de relajarse.

La diferencia (Unterschied) entre juego y trabajo no radica, pues, en que el uno tenga fines y el otro no. Radica en cómo están anclados los fines en la vida (Leben). Los fines del juego están enmarcados: valen en un espacio delimitado, sus consecuencias son limitadas, el conjunto es repetible. Se pierde un partido y el próximo sábado se está otra vez en el comienzo (Anfang). Los fines del trabajo están bajo la presión de la verdadera autoconservación (Selbsterhaltung) — quien los falla no pierde un partido, sino salario, puesto, sustento. Esta ausencia de consecuencias es lo que vuelve ligero el juego mientras siga siendo juego. En el profesional, la seriedad del trabajo regresa al juego.

El profesional persigue los mismos fines que el muchacho de la cancha de barrio, la misma escalera desde el pase hasta el ascenso. Lo que se añade en él no es otro fin, sino una mano ajena sobre toda la escalera. Es un asalariado: vende su fuerza de trabajo, está bajo contrato, obedece al entrenador, sirve a un club sometido a presión económica. Mientras juega, la decisión sobre lo que hace ya no le pertenece del todo — entrena cuando se lo programan, juega donde lo alinean, cambia de club cuando lo venden. Su voluntad (Wille) no desaparece; improvisa, decide, interpreta el juego a cada segundo. Pero se mueve en un marco puesto desde fuera y quiere ahora (wollen) lo que debe querer bajo fines contractuales, del club y del entrenador. No porque su situación se parezca a la del siervo o el esclavo — el profesional es jurídicamente libre y a menudo rico —, sino porque en forma más suave y voluntaria regresa el mismo momento estructural: la actividad está bajo un fin ajeno.

De ello depende más que el fútbol. No es el jugar lo que se vuelve carga, sino el jugar bajo dirección ajena. La misma actividad hace feliz mientras es la propia y oprime en cuanto una voluntad ajena está sobre ella. Quien ve esto oye con otros oídos la exhortación a que habría que «trabajar más».

En el fútbol algo encubre esta dureza, y eso lo hace tan útil como imagen. La competencia, la cohesión del once, la meta común eclipsan que los jugadores rinden su desempeño para otros — para el club, sus propietarios, su balance. Por eso el equipo sirve tan gustosamente de modelo para el mundo del trabajo: se imagina a la plantilla como un equipo que corre unido hacia la portería común, y la forma capitalista que hay debajo — quién ejecuta los fines de quién, a quién pertenece el resultado — desaparece de la vista. Justamente eso hace al cuadro ideológicamente útil.

En el jugador de élite el trabajo asalariado se inclina hacia dos lados a la vez. Hacia arriba: un hombre de clase mundial es tan escaso que dicta condiciones con las que un empleado normal no se atrevería a soñar. Hacia abajo: su carrera

es corta, el cuerpo se desgasta, el reconocimiento depende del rendimiento. Un bajón de forma, una lesión, la edad, y el celebrado de ayer ya no cuenta. Su capital es el cuerpo, y este pierde valor de mercado más rápido de lo que termina una carrera profesional ordinaria; ninguna caja solidaria lo amortigua. En los de mayores ingresos el dinero lo amortigua: quien en los años de la fama ahorra millones queda después provisto. Sigue siendo duro para los muchos que están por debajo, la mayoría de los profesionales, que de todos modos apenas viven del fútbol y al final se quedan con nada (Nichts). El fútbol de élite no es la excepción (Ausnahme) del mundo del trabajo, sino su agudización.

También los propios jugadores circulan en este orden como mercancía y fuerza de trabajo. Talentos de regiones más pobres — África, América Latina, partes de Asia — son descubiertos temprano, formados, vendidos y arrastrados a los centros del capital futbolístico, a Europa y, últimamente, adonde el dinero se asienta más espeso. Es el mismo movimiento que en cualquier otro capital: busca la fuerza barata donde crece y lleva el rendimiento adonde ya está acumulado. El fútbol refleja en ello, en pequeño, la división internacional del trabajo.

El aficionado

El aficionado no juega, mira — y sufre, jubila, espera, desespera ante un acontecer que no puede influir. Lo primero que lo sostiene es la apreciación de la destreza. Quien ve un buen partido ve a personas que dominan algo, y sabe apreciarlo; precisamente porque él mismo no puede, intuye lo difícil que es. Así se aprecia la destreza de un cantante, de un actor, de un bailarín — el rendimiento que se muestra en su ejecución. El aplauso al regate logrado no está comprado.

Pero eso no hace todavía a un aficionado. Se puede apreciar la destreza de un rival y aun así no soportarlo. El aficionado es parcial, y en ello está el núcleo.

Pertenece. «Soy del Schalke», «voy con Argentina» — tales frases clasifican a una persona. Quien es aficionado es alguien: parte de una comunidad con su historia, sus héroes, sus enemigos jurados. Las viejas pertenencias se desmoronan — confesión, estamento, el oficio para toda la vida —, y la pregunta «¿Quién soy?» queda abierta. El club da una respuesta que está de inmediato a mano, no exige formación y coloca a uno en un orden mayor.

Detrás hay una necesidad (Bedürfnis) que es más antigua que el mercado. El ser humano aislado, que calcula para sí y que tiene su libertad en comprar y elegir lo que quiere, no existe así originariamente. Nadie viene al mundo como Robinson; se nace en una familia y se piensa desde el comienzo en conexiones.

Donde el mercado no lo ha impregnado todo todavía, se ve con más claridad — allí el individuo se entiende primero desde el parentesco, el lugar, la historia común, no como ser singular (Einzelwesen) que elige. El mercado disuelve estas conexiones, pieza por pieza, en meros individuos que intercambian — pero la necesidad de comunidad no la disuelve. La agudiza. Cuanto más aislado el individuo, más fuerte el anhelo de pertenencia, y las marcas, las comunidades de consumo, los círculos de aficionados, los deportes lo satisfacen, cada uno a su manera.

Algunas de estas comunidades son reales: los compañeros de trabajo, los compañeros de escuela — aunque cabe preguntarse hasta qué punto también ellas están ya corroídas por la competencia y el dinero. Otras son solo imaginadas, y por eso no irreales: no existen ya antes del signo común, sino que surgen con él, y actúan. Una comunidad constatada ayuda en la conversación, genera simpatía, da un punto de enlace: quien nombra el mismo club ya no es del todo un extraño. En el fútbol los signos de la disolución saltan a la vista, y sin embargo el aficionado se vive unido con otros aficionados y comparte con ellos un sentimiento que le parece fundamental.

El club local, cabría pensar, estaría al menos fundado razonablemente — es «mi» equipo. Pero los jugadores mismos no son nosotros. No son nuestros hijos, ni siquiera nuestros amigos, sino gente que por azar nació en la misma ciudad — en el club profesional ni siquiera eso, sino comprada cara de todo el mundo. No se los conoce.

Lo que une no está, por tanto, en el equipo, sino en lo que lo rodea. Cuanto más cerca la cosa, más huellas de comunidad real. Quizá juega el sobrino de un conocido. Sobre todo: los colegas van todos, en la oficina se vibra juntos, ya el padre y el abuelo eran del mismo club. Y todos los que viven en el lugar comparten de todos modos algo — el club hace visible esa comunidad, la simboliza. Aquí hay una base real debajo: la gente de un lugar tiene realmente que ver entre sí, y en el club lo ve una vez más ante sí.

Eso cambia cuanto mayor se vuelve la unidad. En un Estado pequeño — Mónaco, un Estado insular — los ciudadanos comparten aún casi tanto como los de una ciudad. En países grandes como Alemania, Brasil, Estados Unidos o China la base común se adelgaza; lo que simboliza la selección apenas tiene entonces una comunidad real debajo. Cuanto más lejos, menos huellas — hasta que en la estrella lejana no queda nada real salvo el entusiasmo mismo.

De ahí el papel peculiar del deporte hoy. Cuando había dos canales de televisión, la nación se sentaba a la misma hora ante el mismo policial. Se miraba en familia y se sabía a millones en el mismo instante ante la misma imagen. La simultaneidad fundaba comunidad más allá de la sala de estar. Eso se ha desmoronado;

cada uno tiene su propia serie, su propio canal, su propia pantalla. El deporte es uno de los últimos lugares en que millones aún viven simultáneamente lo mismo — una última fogata.

Por qué vincula

¿Por qué vincula el club con más fuerza de lo que sería razonable? Ayuda una comparación con aquello a lo que de otro modo se apegan las personas.

Primero la marca. Se muestra mediante lo que se compra quién se es — coche, etiqueta, tecnología. En la mayoría de las marcas sigue siendo un signo; apenas alguien construye su persona sobre llevar una marca de zapatillas en lugar de otra. En pocas se logra más: los usuarios de Apple, los conductores de Harley viven su marca como parte de sí mismos, la defienden, se reconocen entre sí. Ese es el sueño de los publicistas — hacer de la clientela una comunidad. Donde se cumple, la marca es ya casi un club.

En el aficionado esa comunidad existe, y descansa sobre algo que a la marca le falta. La marca vincula por la posesión; se comparte lo que se compra. El club vincula por destino compartido: victoria y derrota, ascenso y descenso, derbi, lesión, traspaso. El usuario de Apple no pierde el sábado contra Samsung, el conductor de Harley no desciende. La marca tiene clientes; el club tiene compañeros de sufrimiento. Se encuentran, vibran juntos, comparten alegría y decepción — una familia de afines, más que un signo compartido.

Y el vibrar común no es un sentimiento tibio. El corazón late más rápido, algo está en juego, el desenlace está abierto. De modo parecido a la película de terror o al thriller, se disfruta la tensión y el espanto precisamente porque se está en la butaca del espectador y no se es realmente alcanzado. Solo que el aficionado, a diferencia del espectador de cine, cree estar afectado de todos modos — y lo está junto con otros. El temor compartido, el júbilo compartido le parecen algo fundamental, casi existencial, y eso une con más fuerza que cualquier avenencia serena.

En el deporte se añade lo peculiar: se cree contribuir uno mismo. El jugador número doce, la localía, la creencia de que el propio aliento marca una diferencia. En el estadio hay algo de eso: el ruido de las gradas sostiene a unos y pone a otros bajo presión, y la ventaja de local no es mera imaginación. Pero ante la pantalla, donde está sentada la mayoría, ningún jugador oye el griterío — y sin embargo el aficionado vibra allí no menos y se vive igualmente como copartícipe del destino de su equipo. El vínculo es más fuerte donde la influencia es más pequeña.

Luego la competencia. Apple y Windows no la dirimen; cada campo se siente superior, pero no hay árbitro, ni resultado, ni decisión. El deporte decide, según reglas fijas, con vencedor y vencido. Esa es una fuente propia de pasión, con dos lados.

Uno es el placer del enfrentamiento mismo, de medirse. Está presente no solo en el estadio, sino en el duelo verbal de los raperos, en el beef de los youtubers, en el intercambio de golpes de la política. La disputa arrastra; se pertenece a un bando tomando partido contra el otro. El otro lado es la peculiaridad del campeonato de liga. Una elección decide una vez, luego hay calma. Aquí se lucha de nuevo semana tras semana, se gana, se pierde, y apenas termina la temporada comienza la siguiente. Nunca se gana definitivamente y nunca se está terminado; nunca se pierde definitivamente y nunca se abandona. Una máquina que genera siempre nueva tensión — por eso vincula a la larga como casi nada.

Por último, la historia común, también la dolorosa. Cada club tiene su saga: se estuvo allí cuando la vieja tribuna aún estaba en pie, se viajó juntos al partido de visitante, se sufrió juntos la derrota por el gol encajado en el último minuto. Heridas sufridas en común, solo que sin consecuencias — se pierde el partido, no la vida. Precisamente la ausencia de consecuencias las vuelve aglutinante: quien ha atravesado junto con otros una derrota amarga queda unido como personas que han superado una necesidad real, solo que sin el precio. La vida misma a menudo no tiene una historia en la que uno aparezca; es un revoltijo de azares. La historia del club suministra lo que falta — un relato con triunfo y tragedia en el que se tiene un papel.

Por qué precisamente el fútbol

Todo esto no vale solo para el fútbol. Todo deporte tiene sus aficionados, y en cada uno se reencuentra lo mismo, aplicado a él. Algunos deportes requieren, sin embargo, una explicación propia de por qué precisamente ellos se apoderan de un país — a menudo una histórica: el críquet en Inglaterra, el béisbol en Estados Unidos, crecidos a lo largo de generaciones.

El fútbol es más que eso. Llega mucho más allá de su origen — sobre Europa y, por los caminos del colonialismo, sobre Sudamérica y África. En amplias partes de Asia y en Oceanía no tiene, es cierto, la misma primacía cultural; allí otros deportes ocupan el primer lugar, críquet, béisbol, rugby. Pero también allí crece, y el torneo trae cada vez más a esas regiones. Por qué ha cautivado a unas partes del mundo mucho más hondamente que a otras habría que investigarlo aparte.

Pero donde ha echado raíces, se refuerza a sí mismo: lo que tiene rango, los medios lo magnifican, y como las estrellas son millonarias, la idea de riqueza se une a la del juego. Pero el fundamento más profundo es la accesibilidad. No todos pueden cantar, y no todos pueden jugar al golf — lo uno requiere talento, lo otro el campo, los palos, el dinero. El fútbol necesita un terreno libre y un balón, nada más. Todos han jugado ellos mismos, todos pueden correr con otros, todos celebrar. Lo que se conoce en el propio cuerpo se aprecia de otro modo que lo que solo dominan los expertos.

También la elección de a quién se apoya tiene aquí su margen (Spielraum). De entrada es el club de la ciudad, el equipo del propio país. Pero se puede tomar también la destreza misma como modelo, más allá del origen — Messi, Ronaldo, como antes muchos fuera de Alemania a Boris Becker. Que los medios magnifiquen lo que las masas quieren ver, y que las masas quieran ver lo que se magnifica, no es mera manipulación, sino un negocio que se refuerza recíprocamente.

El reverso

El aficionado cree contribuir alentando. Deportivamente lo hace mucho menos de lo que cree, y el que está ante la pantalla no lo hace en absoluto; su júbilo no sustituye ningún pase, ninguna carrera, ningún remate.

Contribuye de todos modos, solo que de otra manera de la que piensa. El aficionado no es lo contrario del consumidor, sino el consumidor más intenso: entrada, salchicha, bufanda, camiseta, revista, a veces la acción. Y más: al ser aficionado y entusiasmarse, mantiene despierto su interés en los partidos. Ese interés, multiplicado por millones, hace valiosos los partidos, pues la atención de los aficionados es la mercancía que aquí se vende. Así se separan incluso el efecto (Wirkung) deportivo y el económico: el que coopera en el estadio es el más raro; el que está ante la pantalla, que deportivamente no logra nada, es aquel cuya atención sostiene la maquinaria.

Ayuda, pues, realmente al club — no porque el once juegue mejor, sino porque se entusiasma y con ello genera el interés del que todo vive. Es la lógica del rito confuciano: este no actúa porque fuerce una meta, sino porque su ejecución afirma el orden. Así el aficionado fortalece al club siendo aficionado y mostrándolo. Su ejecución es la contribución — la económica, que no ve, no la deportiva, que cree.

Quizá sea bueno que no la vea. Si en cada partido supiera que su verdadero papel es el de pagador, la entrega le costaría más. La disociación entre el efecto sentido y el real no es casualidad; mantiene pura la entrega.

Hasta dónde llega la explotación de la atención se muestra en que ya reconstruye el propio juego. En este Mundial cada tiempo es interrumpido por una pausa para hidratación de tres minutos, en cada partido, también en el estadio climatizado y con clima templado. De dos tiempos se hacen así cuatro cuartos, como en el deporte estadounidense. La primera razón es respetable: los partidos se juegan en el verano norteamericano, y el calor pone en peligro a los jugadores. Pero en esa misma pausa pueden las cadenas insertar ahora su publicidad — al menos donde la programación y las reglas nacionales lo permiten, pues no todas lo aprovechan; un corte completo del juego en curso, que el fútbol no conocía hasta entonces. La FIFA asegura no ganar nada con ello; la ganancia la obtienen los titulares de los derechos de transmisión, y solo para la cadena estadounidense circulan estimaciones de unos 250 millones de dólares de ingresos publicitarios adicionales. Que la suma exacta sea correcta importa menos que la estructura: una interrupción del juego se convierte en tiempo de emisión vendible.[2] El fútbol era durante mucho tiempo inusual en que sus cuarenta y cinco minutos corrían sin interrupción — no había lugar para el bloque intermedio. Justamente ese espacio vacío es ahora llenado.

A la misma lógica pertenece el entretiempo, que en este Mundial fue ampliado, siguiendo el modelo del Super Bowl, a un espectáculo de casi media hora con músicos famosos. Ambas cosas, las pausas de hidratación y el show de escenario, tienen el mismo origen: nadie entre los aficionados lo había pedido, y ambas fueron introducidas de todos modos desde arriba, poco antes del torneo y sin debate. Ese es el verdadero hallazgo — no que haya publicidad y espectáculo, sino la dirección de la decisión. El formato del juego no se orienta según lo que exigen el juego o los espectadores, sino según lo que se puede comercializar. La sustancia (Substanz) sigue al negocio, no al revés; y lo que aquí se impone en el escenario mayor se impondrá luego con tanta mayor facilidad en las competiciones más pequeñas.

2 Cf. Reuters, 24 de junio de 2026, sobre las pausas de hidratación obligatorias en los minutos 22 y 67 y su justificación oficial; The Guardian, 14 de junio de 2026, sobre las reglas de publicidad que permiten a las cadenas emitir anuncios durante las pausas, siempre que estén de vuelta en el partido treinta segundos antes del reinicio. No todas las cadenas lo aprovechan (por ejemplo, ITV y Telemundo no).

Quién gana dinero

Las cifras sobrias enfrían el murmullo. Un estudio anual registra los veinte clubes de mayores ingresos del mundo y divide sus ingresos en tres flujos: el día de partido (entradas, hostelería), la transmisión y lo comercial (patrocinio, publicidad, artículos de aficionado). Últimamente correspondieron aproximadamente un 43 por ciento a lo comercial, un 38 a la transmisión, un 19 al día de partido.[3]

En la taquilla del estadio el aficionado paga, pues, la parte menor. Pero los dos grandes flujos dependen de él. ¿Qué valen los derechos de transmisión? Lo valen porque tantos miran; se paga por emitir porque en torno a la emisión se puede vender publicidad. El patrocinio paga por la misma razón: porque los aficionados miran. Más del ochenta por ciento de los ingresos acaban remitiendo a una sola cosa — la comercialización de la atención que el aficionado genera siendo aficionado.

(Las cifras proceden de los clubes más grandes del mundo, los más convertidos en marcas. En la liga de barrio la cuenta es otra, con más salchicha y menos patrocinio. Hasta dónde llega el mecanismo hacia abajo habría que examinarlo aparte; en la cumbre está claro.)

En esa cumbre se sienta aún uno del que rara vez se habla: el organizador. Una competición necesita a alguien que la organice, ponga las reglas, admita a los participantes, determine el lugar, venda los derechos. Ese uno — la FIFA para el Mundial, el COI para los Juegos — se asienta sobre un monopolio. Junto al «Mundial» no cabe poner un segundo, tan poco como una segunda red de agua junto a la de la ciudad. Quien detiene el monopolio fija casi a voluntad los precios de la transmisión, del patrocinio y de las entradas.

En este Mundial ese «a voluntad» adoptó una forma nueva. Los precios de las entradas ya no eran fijos, sino que oscilaban según la demanda, como en una bolsa: si sube el interés por un partido, el precio sube en tiempo real. Es la misma fijación dinámica de precios que se conoce de vuelos y hoteles, y acerca la entrada a un objeto de especulación — su precio ya no mide lo que cuesta el partido, sino lo que el mercado da en ese instante. El organizador extrae así justamente el importe que el entusiasmo vale en ese momento. La atención del aficionado, que de todos modos es la verdadera mercancía, es así ordeñada aún en el instante de su mayor pico.

Donde uno solo decide lo que convierte un bien sin valor en valioso, la corrupción está cerca — no de otro modo que en el político local que determina si un campo se convierte en suelo edificable. La historia de la FIFA está atravesada de

3 Deloitte Football Money League 2026; cifras de los veinte clubes de mayores ingresos de la temporada 2024/25, en conjunto unos 12 400 millones de euros.

corrupción, desde sistemas de sobornos hasta las controvertidas adjudicaciones de torneos. El mecanismo que la mantiene estable se parece al de las Naciones Unidas: más federaciones miembros que Estados en la ONU, y cada una tiene un voto. El de una pequeña federación insular pesa tanto como el de una gran nación futbolística. Eso suena democrático y tiene una consecuencia calculable. Las muchas federaciones pequeñas forman juntas la mayoría, y dependen del apoyo de arriba — de dinero para campos, entrenadores, cantera. Ese apoyo es real y necesario; justamente en ello está su doble naturaleza. Quien lo reparte crea dependencia y gratitud, quiera o no, y quien quiere permanecer arriba la cultiva. No todo apoyo es soborno; pero un sistema en que acceso, reconocimiento (Anerkennung) y dinero pasan por una sola mano es propenso al clientelismo — el dominio por adjudicación. Así de una ayuda legítima se hace un medio (Mittel) de lealtad, sin que haga falta jamás una compra abierta. El lucrativo negocio queda sin perturbar mientras se mantenga la mayoría.

Cómo trabaja este mecanismo lo muestra la ampliación del torneo. El campo de participantes fue ampliado primero a cuarenta y ocho equipos, y aún durante el Mundial en curso se puso sobre la mesa el siguiente aumento a sesenta y cuatro — como respuesta a la crítica desde Europa. Deportivamente hay poco a favor; la cuenta es otra. Más plazas significa más oportunidades de participación para las federaciones pequeñas de Asia, África y Centroamérica, y sus votos aseguran la mayoría. La ampliación parece más participación y es a la vez el medio de agrandar la mayoría retenida. No cuesta nada a quien está arriba — el precio lo paga el torneo, que se vuelve cada vez más informe, y lo pagan los aficionados, para quienes resulta más caro y más lejano.

El mismo poder decide quién puede jugar siquiera. Rusia está excluida de todas las competiciones desde el ataque a Ucrania; Estados Unidos, cuyas fuerzas armadas llevaron en esos mismos años violencia más allá de fronteras ajenas varias veces, organiza el Mundial. No hace falta equiparar los casos para echar en falta el criterio: no hay ninguna regla que expulse al agresor del escenario, pues entonces alcanzaría no solo a uno. Rusia se dejó excluir porque ya estaba aislada; EE. UU. es anfitrión, gran mercado, potencia mediática, el centro (Zentrum) del orden que sostiene el torneo — excluirlo significaría destrozar el torneo mismo. Quién puede estar en el escenario de las naciones no lo decide el derecho, sino el poder.

El caso más agudo se dio en torno a Irán. El país anfitrión hizo la guerra antes y durante el torneo contra un país participante: lanzó bombas sobre Irán, cuyo equipo competía al mismo tiempo en el Mundial. Las consecuencias afectaron directamente al lado deportivo. La liga nacional, en la que juega buena parte del once, estuvo suspendida durante meses por la guerra; el equipo tuvo que

trasladar su alojamiento de EE. UU. a México y recibió solo visados de corta duración para los días en torno a cada partido, de modo que cada vez tenía que regresar de inmediato; algunos colaboradores ni siquiera pudieron entrar. Y aun así el torneo siguió, como si nada. Una competición que se presenta como fiesta del entendimiento entre los pueblos soporta que el organizador bombardee a uno de los participantes — no se puede mostrar más claramente que no es el derecho el que ordena el escenario, sino el poder que lo posee.

El círculo se cierra. La entrega de los muchos abajo y la renta de monopolio de los pocos arriba van juntas. El entusiasmo del aficionado, lo más genuino de la cosa, es la materia prima de la que arriba se hace ganancia.

El gran «nosotros»

Queda el «nosotros» del comienzo, el que dice el hombre de la oficina aunque no haya hecho nada. En el Mundial se vuelve más grande.

¿Quién dice allí «nosotros»? Ante la misma pantalla, con la misma camiseta, en el mismo gol jubilan el obrero y el directivo, la cajera y el jefe de médicos. Durante el partido parece superado lo que durante todo el año es real: la diferencia (Unterschied) de las capas, de las clases, de las fortunas.

El fútbol se sitúa ante esta diferencia de tres maneras. Algunos clubes la portan: donde dos clubes de una ciudad se enfrentan, se carga socialmente — el distinguido contra el sencillo, el burgués contra el alternativo, y la elección del club dice quién se es y quién no. Otros clubes la salvan: detrás del club de la ciudad industrial está toda la ciudad, desde el obrero hasta el director. La selección nacional parece cancelarla; une a través de todas las capas.

Esta comunidad no existe afuera, en la economía real. Allí se está dividido — arriba y abajo, capital y trabajo, pobre y rico. En el estadio aparece unido lo que afuera está separado, como en el ejército, donde igualmente todos los estamentos se funden en un compañerismo que de otro modo los separa. Una superación (Aufhebung) simbólica de las clases, real en la vivencia e igual a cero en las consecuencias: tras el pitido final cada uno vuelve a su situación.

En el Mundial al «nosotros» se suma aún el país. El once lo representa; no es solo una comunidad que se vive, sino una que representa un todo — la nación. Con ello cambian las reglas. No compiten clubes, sino federaciones, y quien quiera jugar por un país debe tener su ciudadanía. Aquí la lógica se vuelve abierta: el jugador de otro origen, nacido en otra parte, es naturalizado para que pueda

jugar, y los seguidores lo celebran cuando marca. La exclusión que de otro modo se atribuye a lo nacional no desaparece, sin embargo, simplemente; queda suspendida mientras el jugador encarne con éxito el «nosotros» nacional. Quien marca, pertenece. Quien falla puede aparecer de pronto otra vez como el extraño cuyo origen se recuerda.

Y lo que los equipos representan, también lo expresan. Cada uno tiene sus colores, su escudo, su mascota, a menudo una manera propia de jugar y de presentarse por la que se lo reconoce. Los aficionados lo continúan, se adornan con banderas y caras pintadas y llevan lo típico del país a lo folclórico — cascos vikingos, sombreros, una cerveza en colores nacionales. Así la unidad imaginada se vuelve colorida y visible por un verano, y la diversidad de los países aparece junta en un escenario. Es también la ocasión en que un público televisivo se entera de paso de algo sobre países lejanos que de otro modo nunca aparecen — una especie de clase de geografía entre partido y partido.

Apoyar al propio país no es, además, la única relación. Junto a ella está el aprecio de los equipos que juegan especialmente bien — un goce en sí, independiente del origen. Algunos lo cultivan como distinción propia: hacen más que ondear banderas, saben también distinguir y alabar lo bello. Ambas cosas corren juntas, y en caso de duda triunfa de todos modos el propio país. Y así la cuenta sale extrañamente siempre: si el propio equipo vence al favorito, es un gran rendimiento; si empata, un resultado honroso; si pierde, era contra los mejores. El propio país, en realidad, no puede perder.

Una simpatía propia va al pequeño — no al que simplemente se hunde, eso es solo curioso, sino al que echa del torneo a un grande antes de fracasar él mismo. Eso acierta en algo: en la vida real la mayoría somos más David que Goliat. Así como, pequeño, uno se sueña dentro del grande, así se sueña dentro del pequeño que se lo muestra al grande.

Va más lejos quien carga los emparejamientos con lo que le viene a la mente sobre los países — su política, su historia, su posición en el mundo. Entonces en la final no juegan España contra Argentina, sino la vieja potencia colonial contra el Tercer Mundo ascendente y seguro de sí; y quien conoce al vencedor sabe adónde va el mundo. Pero se puede ocupar el mismo partido también de otro modo: el país del ultraneoliberalismo y la cercanía a Trump contra un país de otra tradición. Ambas interpretaciones surgen del mismo encuentro, y el desenlace confirma en cada caso la que se trajo consigo. Lo que sirve para dos conclusiones opuestas no sostiene ninguna de las dos. Cada país tiene historia suficiente como para darle el papel que se necesita en ese momento; la elección de la categoría (Kategorie) se rige por el resultado deseado. Hace unos años se consultó a un pulpo en un acuario, que debía predecir los partidos eligiendo entre dos cajas de comida.

Entre su elección y el desenlace no había relación alguna, y todos lo sabían. La carga política es en su estructura el mismo movimiento — una conexión traída desde fuera a la cosa, que en la cosa no tiene nada que la sostenga —, solo que se tiene por profunda. Once juegan contra once; quién gana depende de la forma del día, del azar y de las decisiones arbitrales, no de la política económica de los gobiernos. Lo que se satisface es una necesidad de significado que el juego no da.

Pero el país no es el club. Con el club no vincula nada salvo la elección; del propio país se depende realmente — por leyes (Gesetze), impuestos, protección, la vida que se lleva en él. Por eso la identificación (Identität) nacional no es tan inconsecuente como la del club. Bajo el velo de la amistad entre los pueblos y del buen perdedor corre, sin embargo, una competencia de las naciones, y roza lo real. La crítica marxista, que en la reconciliación de clases vio ya una ideología, un opio, encuentra aquí su caso más agudo. El «nosotros» del juego abarca también a quienes gobiernan el país, y su política — y precisamente cuando se está descontento con ella o se dirige contra los propios intereses. Se ve en que la crítica al propio país se tiene fácilmente por ensuciar el propio nido, y en que los gobernantes gustan de sentarse en la tribuna, en el brillo del juego, que se les pega un poco.

Pero el brillo no se pega solo a los gobernantes. Alcanza también al ciudadano común. Quien viene de un país cuyo equipo brilla en ese momento es abordado en el extranjero por ello — como si hubiera rendido él mismo algo. El propio país tiene un once estupendo, así que uno, con él, es un poco estupendo. No se sigue mucho de ahí, pero sí un poco de simpatía, y esa cuenta en el trato con extraños.

Lo que ello significa puede verse de dos maneras. Quizá la reconciliación simbólica atenúa la presión por abordar la verdadera división — el fútbol da por horas la sensación de igualdad y quita punta al anhelo de igualdad real. Pan y circo. O la unidad vivida es, por inconsecuente que sea, un anticipo de lo posible — un recordatorio de que las capas pueden encontrarse, de que lo que separa no tiene la última palabra. Entonces el fútbol no apacigua, sino que despierta. Cuál visión acierta depende de circunstancias que habría que examinar caso por caso.

Lo que queda abierto

Algunas cosas solo se han rozado. El placer del enfrentamiento, la profundamente arraigada necesidad del «nosotros contra ellos», cuya raíz queda abierta. La violencia de los hooligans, que no se explica por ser aficionado, sino por su

vuelco (Umschlagen): donde las personas no se sienten eficaces en nada, el enfrentamiento simbólico se convierte en real, y la válvula se vuelve foco de incendio. Y la pregunta de hasta dónde vale todo esto, mostrado en los grandes clubes, para el pequeño club de la esquina, donde queda más de las huellas genuinas de comunidad.

El fútbol es juego y trabajo a la vez, comunidad y negocio, sentimiento genuino y atención vendida, reconciliación simbólica y quizá anticipo de una real. En la sola palabra «nosotros» que en el gol sale de mil gargantas está todo eso. Quien la grita puede después desmontarla — y la grita de nuevo en el próximo gol.